



MARTIN CASTRO - CARLOS MOLINA

HACHANDO LOS ALAMBRADOS

VERSOS CRIOLLOS

EDITORIAL CISPLATINA - MONTEVIDEO

MARTIN CASTRO - CARLOS MOLINA

HACHANDO LOS ALAMBRADOS

VERSOS CRIOLLOS

Portada de OMERO CAPOZZOLI

Editorial



Cisplatina

Cerro Largo 1004

—
Montevideo - Uruguay

Teléfono 9 50 30

MARTIN CASTRO

En plena madurez intelectual, y ya a una edad octogenaria, admira entrar a medir la dimensión social y humana de Martín Castro. Su obra poética empapada de leguas, se dice y se canta, desde hace decenios, en las tierras que encierran los cuatro puntos cardinales del habla española. Fundamentalmente en su patria, la República Argentina, sus cantos libertarios adquirieron, y mantienen, la difusión vigorosa de mensaje que su autor les dio, popularizándose muchos de ellos, siendo infaltables para iniciar el galope de las guitarras y marcar, el cantor, un punto alto en la emoción.

Vida dura, persecuciones salvajes, cárcel... y siempre nuevamente al llano, a decir la Verdad, a enseñar que la marcha de los Hombres no termina en el mojón de la paliza brutal ni con las trampas de la Justicia. Y la suma de todo ese esfuerzo da un guarismo de ejemplo humano que nos emociona destacar, por su magisterio insobornable para la Paz, la Justicia y la Fraternidad.

J. P.

GUITARRA ROJA

Ven guitarra libertaria,
Libertaria y redentora
Del que sufre, del que llora,
Del delincuente y el paria;
Tu acorde no es la plegaria
Del servilismo indecente;
El bardo altivo y valiente
Cuando te pulsa en sus manos
Ante todos los tiranos
Sabe atacarlos de frente.

Guitarra que entre mis manos
Vibras y ruges conmigo,
Fiel amiga de este amigo,
Pregón de versos humanos;
En tus trinos soberanos
El libertario cantor
Se inspira en versos de amor,
De rebelión y templanza,
Augurando una esperanza
En los hijos del dolor.

Quiero que sea la campana
De las lides del trabajo;
Yo soy el rudo badajo
En vibración soberana;
Tu sencillez artesana,

Tu acorde sentimental,
En la redención social
De la grey triste y hambrienta,
Te empuño como herramienta
De mi gran obra moral.

Rompamos la tradición
De las viejas montoneras,
Estamos de aquellas eras
A un siglo de evolución;
Yo no canto mi canción
Para hacerme mercader
De la inocente mujer
Que se transforma en ramera.
Soy verbo, luz y bandera
Del derecho y el deber.

Guitarra, los payadores
Hicieron de tu cordaje
Palenque de caudillaje
Para amansar electores.
Rutinarios, corruptores,
En vez de hacerte valer
Te hicieron envilecer
Con caudillos de partido.
¡Guitarra! te han corrompido
Como a una débil mujer.

Nunca y en ningún instante
Adulé al rico señor
Que se burla del cantor
Con el fulgor de un brillante:
Yo lo venero al errante
Que a manera de Valgean
Huye llevándose un pan
Para su propio sustento;
Así vibra mi instrumento
Y mi numen de titán.

Guitarra, si en mi vejez
Llegara a serte profano,
Quisiera ser un insano
Sin vista y en la mudez;
Si pierdo la rigidez

Del convencido varón,
Antes de serte un baldón,
Coyunda para tus notas,
Quiero ver tus cuerdas rotas,
Quebrado tu diapasón.

Si tu trovero aguerrido
Cayera en una derrota
No caerá como el ilota
Ni de hinojos ni vencido,
Caerá lanzando un rugido
Como cae herido un león;
Esgrimiendo el diapasón
Como una piqueta rota,
Vibrando su última nota
Al morir mi corazón.



EL CONSEJO DE LOS DIEZ

Cita en su libro "Facundo",
El gran Faustino Sarmiento,
Que en el año mil trescientos
Hubo una conspiración;
Fija como un punto histórico
La gran ciudad de Venecia,
Que con mano dura y recia
Sofocó la rebelión.

La democracia de entonces
Elegió diez ciudadanos,
Diez ilustres venecianos
De talento y probidad;
Con la facultad suprema
De jueces inapelables,
Diez figuras venerables
Del derecho y la equidad.

El país confió en las manos
De los jueces elegidos,
Los poderes constituidos
Y el alma de la nación;
Que podían perseguir,
Que podían castigar,
Que podían condenar
Como conceder perdón.

Después pidieron un mes;
Luego tres, más tarde un año,
Hasta llegar al tamaño
De un período quinquenal;

Ya en absoluto dominio
El tribunal no pedía,
Exigía, disponía
Su poder dictatorial.

Pero tan sólo le dieron
Las supremas garantías
Por espacio de diez días
Al flamante tribunal;
Pero cuando se cumplieron
Los diez días acordados,
Pidieron los magistrados
Otro plazo decimal.

Alegaron para el caso
Que a cada instante del día,
Los vigilaba un espía,
Los acechaba un traidor;
Pidieron otro permiso
Con apresurada urgencia,
Para truncar la insurgencia
Conjurada a su redor.

Fue preciso, ante el peligro
Que lo amenazaba todo,
Aumentar otro período
Para mantener la paz;
Como con el nuevo plazo
El tiempo fue insuficiente,
El tribunal competente
Exigió diez días más.

Luego ellos solos se dieron
 El poder de los poderes,
 De la vida y los haberes,
 El pan, el techo y la mies;
 Domesticó al periodismo
 Y el poder legislativo,
 El comité ejecutivo
 Del consejo de los diez.

Disponían sin consultas
 Del impuesto tributario,
 Como si fuera el erario
 Un ahorro familiar;
 Al hombre lo utilizaban
 Para el trabajo y la guerra
 Vivía bajo la yerra
 El rebaño popular.

Si diez hombres elegidos
 Entre los más honorables,
 Entre los más intachables
 En talento y en moral;
 Llegaron a ser diez déspotas,
 Diez malvados soberanos,
 Diez implacables tiranos,
 Diez emisarios del mal.

Qué se puede esperar, digo,
 De los que suben odiando,
 De los que esperan ansiando
 Llegar un día al poder;
 Para castigar él mismo,
 Para enseñarse y vengarse,
 Para herir hasta saciarse,
 En los contrarios de ayer.

Qué puede esperar el hombre
 Del que se trepa acechando,
 Arañando y rasguñando
 Para atrapar el poder:
 Con el odio en el espíritu
 Y la idea de entronarse,
 Que sólo quiere treparse
 Con el fin de acometer.

Si erra y fracasa el que sube
 Con un nutrido programa,
 Peor el que por una trama
 Se encarama por error;
 Por el contraste político
 Del que sube y del que baja;
 La vida del que trabaja
 Cada día esta peor.

El político no riñe
 Por la miga y el salario
 Del fecundo proletario
 Que lo obliga a votar;
 Ellos riñen porque quieren
 Empotrarse en el Estado,
 Con un puesto bien rentado
 De cobrar sin trabajar.

Porque ellos no riñen nunca
 Por sembrar una semilla,
 Por empuñar una horquilla
 Ni por plantar un frutal;
 No disputan por un hacha
 Para abrir una picada,
 Ni luchan por una azada
 Para carpir un maizal.

Ellos se alejan del torno,
Del volante, del arado.
Con el fin premeditado
De vegetar y atrapar;
Comprendiendo que es más fácil
Pasar la vida vagando,
Que continuar trabajando
El año sin descansar.

Hablemos desde la fragua
Mientras gira la polea,
Del borde de la batea
Entre el vaivén del pedal;

tratemos de nuestras cosas
Desde el yunque del herrero,
Del banco del carpintero,
Desde el granero rural.

Formemos el libre acuerdo
De comprensión y de altruismo,
Dentro del obrero mismo
Sin delegado ni juez;
No deleguemos en nadie,
Porque en cada diputado
Nos espera agazapado
El consejo de los diez.

EL HUERFANO

Era una noche de esas
lluviosa, oscura y fría
de huracanado viento
que sorprendía, en verdad;
en horas avanzadas
para mi hogar volvía,
encontré a un pobre niño
que en un portal dormía,
en esa noche triste
de cruda tempestad.

De pronto estalló un trueno
y al resplandor de un lampo
que iluminó un momento
aquella obscuridad,
descubrió mi mirada

en ese breve escampo
la carita de un niño
tan blanca como un ampo,
que parecía el espectro
de la mendicidad.

El cabello en desorden
de almohada le servía,
pues nunca su cabeza
abrigo conoció;
un traje hecho jirones
al pobre ser vestía,
a más los pies desnudos
a la nevada impía,
este era el niño errante
que hallé esa noche yo.

Lo desperté y entonces
el niño sorprendido
trataba de alejarse
pero yo lo llamé,
le pregunté la causa
que allí lo había traído
y el niño me repuso
aún todo confundido:
me ha agarrado la noche
donde me hallara usted.

Quién eres, dónde vives,
dime, te has extraviado,
en una noche de estas
que no puede haber peor.
Y llorando repuso:
soy un desamparado,
yo soy un pobre paria
que ni nombre me han dado
y el mundo me conoce
por huérfano, señor.

Me albergo al pie de un árbol
como igual en un quicio,
yo soy un peregrino
en alas del dolor
y fui para mi madre
la cruz del sacrificio
que con amarga pena
me arrojó en un hospicio
porque con ello ahogaba
la voz del deshonor.

Vamos, le dije, niño;
vamos, amigo mío,
vamos, que en mi tugurio
hay abrigo y bondad;
y me siguió diciendo:

tengo hambre, tengo frío,
llevo sobre mi espalda
como un castigo impío
la cruz del adulterio
en mi propia orfandad.

Hay tantos como yo
que en este mundo gimen,
quien porque lo abandonan,
quien huérfano en verdad;
y pensé en los hospicios
que tanta queja oprimen
las tétricas paredes
que callan tanto crimen
y el grito de la infancia,
de la maternidad.

Víctimas inocentes
del crimen del honor,
honor que es un flagelo
que azota sin piedad,
honor que a tantas madres
les prohíbe el amor,
y que las lleva al crimen,
al llanto y al dolor;
honor que haceis rameras
presidios y orfandad.

El mundo reconoce
con fervor sacrosanto
en el amor de madre
un amor sepulcral,
pero yo he visto ejemplos
que la que adora tanto
en el álgido instante
de amor y de quebranto
tan pronto fue profundo
como superficial.

Yo se que ha habido madres
que amando sin segundo
bajaron al sepulcro
por la nostalgia cruel,
pero de esas virtudes
hay pocas en el mundo
siempre se halla en el fondo
del amor más profundo
al pie de su pureza
una gota de hiel.

Hay madres que exterminan
sus hijos brutalmente;
otras que los destruyen
cuando están en embrión,
hay madres que abandonan
el hogar infielmente
dejando hijos que lloran
por ellas tristemente:
esas se llaman madres,
madres sin corazón.



CORTANDO LO DESPAREJO

En este rancho de barro
donde los tres han nacido,
han nacido y han vivido
de mi estampa alrededor;
por eso los he reunido
bajo la gaucha totora,
compañera de toda hora
en el llanto y el amor.

Como lo ven, hijos míos,
estoy viejo y encorvado.
Los años me han agobiado,
que empiezo por no valer;
y he querido en este día,
ya que todos son mayores,
devolverles los valores
que han confiado en mi poder.

Creo que entre la totora
y los adobes del techo,
debe haber en cada trecho
un esfuerzo de mi ser.
En los alambres que encierra
nuestra querida morada,
en la troja, en la ramada
como en cada menester.

Son los hijos los que heredan
prendas de todos valores,
unos heredan honóres,
otros piezas de metal,
quienes heredan reproches,
quizá cuantos un mal nombre
deja en la vida cada hombre
prendas del bien y del mal.

Como todo está a mi nombre,
hijos míos, no quisiera,
que el día que yo muriera
interviniera el juzgao.
Pues si entran las aves negras
a rondar como el carancho
no les quedará del rancho
más que papel borroniao.

He testado y dividido
en Justo, Abel y Prudencia,
en dos mitades la herencia
siendo tres para heredar;
para Abel catorce ovejas,
dos bueyes y una lechera,
un arado de mancera
y una pieza en este hogar.

Y a la Prudencia le toca
la mitad de la querencia,
de lo que hay en existencia
lo dividí por igual;
porque Prudencia y Abel,
sin pereza han trabajado
y los dos han cimentado
este rancho paternal.

Prudencia desde la infancia
fue nuestra piona de mano,
y le debe cada hermano
treinta años de bien cuidao;
una piona que treinta años
ha remendao y zurcido,
ha fregado y ha cocido
tiene un lugar bien ganao...

Justo nunca domó un potro
ni trabajó en un arreo,
ni se ocupó en un rodeo
ni una sola melga ha arao;
porque improvisando versos
se pasó la vida entera,
ni hubo moza que no oyera
el rumor de su encordada.

Como nunca ha contribuído
con una sola fatiga,
con el valor de una miga
ni un tronco para quemar,
y ustedes han traído siempre
desde la carne a la aguada,
como él no aportó con nada
nada tiene que heredar.

Pues mientras ustedes pujan
en un trajín rudo y fiero,
él es el libre jilguero
cantando trovas de amor.
Para ustedes tierra y techo
y herramientas afiladas,
para él 6 cuerdas templadas
y su alma de payador.

El lleva como camino
mi apellido de hombre bueno
que en cualquier parte y terreno
es como un certícaio;
también mi poncho y mi apero
y un flete de linda laya,
pues no quiero que se vaya
del todo desheredao.

LA TROPILLA DE ABUELO

Tiene el viejo Tata abuelo
una machaza tropilla,
pero entre todos no ensilla
dos fletes del mismo pelo;
atraviesa pampa y cielo
el paisano singular
tuitos han oído sonar
el tañido del cencerro
por el llano, por el cerro
desde los Andes al mar.

Un oscuro, prenda cara
con una estrella en la frente,
que al mirarla de repente
parece ser que alumbrara;
pues por esa seña rara

comenta el paisano arriero,
es al que lo ve primero
al redor de la madrina,
porque en la estrella ilumina
el reflejo del lucero.

Suma este gaucho paisano
un tostado parejito,
es un redomón nuevito
que recién mastica el grano;
cuando cruza por el llano
con el sol medio inclinao,
forma el reflejo dorao
una simbólica estampa
entre el canto de la pampa
y su redomón tostao.

Un zainito malacara
que recién lo ha amadrinao
es un redomón calzao
con una paleta clara;
no se con qué tinta rara
lo bautizó la natura
bella y fagoza pintura
engarzada en cada pelo,
cruzando el azul del cielo
y el verde de la llanura.

Un alazán testerilla
potrillo de linda laya,
que tiene una veta baya
del encuentro a la rodilla;
y desde la carretilla
hechas como a pinceladas,
suben dos listas rosadas
que llegan hasta el frontal,
jugueteando entre el bozal
y las virolas plateadas.

El que es una galanura
es el rosillo bragao,
lo mejor que ha galopiao
bajo el sol de la llanura;
ornan la briosa figura
del lindo flete rosillo,
desde el pescuezo al codillo
un manchón bayo totora,
jugando con la crin mora
desde la cruz al flequillo.

Del pangaré rabicano
daré las señas más finas,
tiene las patas barcinas
y salpicada una mano;
con este, dice el paisano

las distancias desafié,
más de una vez galopié
la pampa de orilla a orilla,
es toda una maravilla
su famoso pangaré.

Suma este viejo nativo
un orejano rosao,
que tiene el cuadril nevao
del costado del estribo;
sobre él, con el gesto altivo
del don Quijote rural,
galopa sobre el erial
entre las flores agrestes,
y las miradas celestes
del florecido cardal.

Un tordillo lunarejo
que ostenta en los costillares
unas pintas singulares
doradas como oro viejo;
con un manchón azulejo
sobre el cuadril del lazo
y de retazo en retazo,
como bruscas pinceladas,
bajan dos listas tisnadas
que se pierden en el vaso.

Cuando andan por ahí pastian
los llama con un silbido,
y obedeciendo al zumbido
todos se acercan trotiando;
se oye un cencerro que andan
lanza tañidos al vuelo,
es que bajo el patrio cielo,
cruzando entre cardo y puna,
va la madrina cebruna
de la tropilla de abuelo.

LA HUELGA DE BRAZOS CAIDOS

La huelga de brazos caídos
la declaró la asamblea,
sin que se crispara un puño
ni un grito de odio se oyera;
es porque el sentido humano
ha iluminado las testas,
para que el hombre y el hombre
obre con inteligencia,
y llegara al libre acuerdo
sin ofensa ni defensa.

Te has preguntado algún día
compañero, compañera,
dónde radica el dominio
del amo que nos gobierna;
te lo diré a grandes rasgos
en esta ligera arenga,
en tu brazo y en mi puño
en tu fuerza y mi fuerza,
en mi oscuro desacuerdo
y en tu servil obediencia.

Por cada diez que descansan
por cada diez que vegetan,
noventa obreros trabajan
agachando la cabeza;
noventa que obedecemos
por cada diez que gobiernan,
diez ricos que morirían
en la más cruel indignancia,
el día que por justicia
no trabajen los noventa.

La huelga de manos caídas
es una guerra sin guerra,
una batalla en silencio
de violencia sin violencia,
que hará rodar las espadas
al pie de las herramientas,
tumbará al capitalismo
y crugirán las iglesias,
y exterminará el dominio
de la autoridad burguesa.

El conscripto y el gendarme
se han adherido a la huelga,
han abandonado el máuser
y con él la bayoneta;
se han cambiado el uniforme
por la blusa jornalera,
han dejado los cuarteles
como una casa desierta,
y entraron al sindicato
gritando: ¡estamos de vuelta!

El obrero de la carne
abandonó la faena,
por lo que los mataderos
cerraron todas las puertas;
no hay leche para ninguno
ni una brizna de manteca,
porque el obrero del tambo
en solidaria protesta,
largó las vacas al campo.
sin ordenar una teta.

No ha quedado una hortaliza
ni un solo fruto en la huerta
ni una papa en el canasto
ni una miga en la despensa;
y no se mueve un volante
porque han caído las poleas,
están sin fuego las fraguas
y no se usa una herramienta,
y las buhardillas a oscuras
y sin sustento las mesas.

También la rica matrona
ha quedado sin sirvienta
porque el servicio doméstico
se ha congregado a la huelga;
por lo que se ve obligada
a prepararse la cena,
a barrarse los residuos
y lavarse las calcetas,
y ella misma de mañana
llevarse al baño la puerca.

Cuando le falte al Estado
la protección de la gleba,
del gendarme que vigila
de un plantel que lo defienda;
el Estado se derrumba
la prepotencia se quiebra,
y hoy nos hemos declarado
en plena desobediencia,
con la fe del hombre libre
de un pueblo que se despierta.

Con la espada del patriota
no se labora la tierra,
ni se siembra la semilla
ni se trilla la cosecha;
ni con la voz del político
se horna el pan de nuestra mesa,
ni es con la canción del cura
que se fabrica la suela,
ni se elabora la harina
y se surte la alacena.

El trabajo será un credo
de alegría y de riqueza.
Cuando trabajemos todos
con el puño y con la testa;
cuando contento el labriego
abra la fecunda melga,
y sonriendo los textiles
fabrique la rica tela.
Mientras que todos los niños
lleguen cantando a la escuela.

He citado a grandes rasgos
la violencia sin violencia
La rebeldía pacífica
en esta guerra sin guerra,
donde cada camarada
preste la fuerza que tenga,
porque al pobre como al rico
la matrona, la sirvienta,
a todos nos dio dos brazos
la madre naturaleza.



El Gaucho nunca defendió la Libertad

El gaucho sin duda alguna
en la guerra y en la brega,
siempre fue la fuerza ciega
ajena a su voluntad;
él defendió palmo a palmo
de la pampa en cualquier trillo
la libertad del caudillo
pero no su libertad.

Después que el gaucho expulsó
al invasor extranjero
apareció el estanciero
que escrituró sin comprar;
y las fecundas llanuras
las dividió a su albedrío
sin decir más que esto es mío
y hasta aquí voy a alambrar.

La guerra gaucha es la prueba
que de allá, desde el cimientó,
el gaucho fue el instrumento
de Rosas, Lavalle y Paz;
el gaucho con Juan Lavalle
se alzó bravo y tremebundo,
contra el gaucho de Facundo
en la guerra montaráz.

Paz lo pelió con el gaucho
a Facundo en Oncativo
y con el mismo nativo
el Chacho lo pelió a Aldao;
el gaucho en contra del gaucho
se hicieron tiras el cuero,
unos por el estanciero
los otros por el estao.

Sólo el indio a campo raso
con la fuerza de su puño,
combatió por el terruño
con un empuje viril;
defendió la madre tierra
con la imponencia de una ola,
cambiando un golpe de bola
por un tiro de fusil.

El indio cayó rugiendo
;toldio mio! ;muquer mia!
sabiendo que defendía
la libertad y el honor;
muerto el indio, quedó entonces
sin herederos la tierra,
y como botín de guerra
las heredó el invasor.

El gaucho no defendió
con la lucidez del indio,
el derecho de amerindio
sobre el suelo conquistao;
el gaucho que en cien batallas
libró medio continente,
no tiene materialmente
donde tender su recaó.

Después de tantas victorias
retornó el gaucho argentino,
trotiando por un camino
de ambas partes alambrao;
porque el gaucho fue un soldao
del político indecente,
del pardo terrateniente
y el sargento sublevao.

Los escritores escriben
del gaucho una maravilla,
de su vistosa tropilla
y su lujoso chapiao;
y yo he visto a tanto gaucho
sin más que una jerga sola,
un par de riendas de piola
sobre un sotreta prestao.

Mendigando en las estancias
lugar para un tungo flaco,
pidiendo charque y tabaco
y dirse antes de aclarar;
¡guay! de aquel que lo tildaran
de pendenciero y de vago,
tenía que juir del pago
y empezar a matreriari.

Lo de libre es una burla
el gaucho vivió en la vida,
una libertad mentida
a espalda de la verdad;
el paisano es libre, cuando
agachando la cabeza,
carga toda su pobreza
con franciscana humildad.

Hoy el heroico soldado
que libertó un continente,
ahora anónimamente
en el olvido total;
en silencio como un mudo
sin remembranza y sin gloria,
muere al margen de la historia
el don Quijote rural.

HACHANDO LOS ALAMBRADOS

Una tarde entre dos luces
de su zaino mala cara,
se apeó frente del Juzgao
Serapio Telmo Miranda;
era un gaucho alto, fornido,
con un sombrero de ala ancha,
blusa negra de merino
bombacha obrera, bota alta,
cinto tejido de tiento
y un largo facón de plata.

Vengo por que me han citao
dijo con cierta arrogancia,
—¿Vos sos repuso el alcalde,
Serapio Telmo Miranda?
En nombre y apelativo,

el mesmo que viste y calza,
—Han llegado a mis oídos
mentas de tu mala fama,
que no hay alambrado alguno
que no le hayas metido hacha.

—Cómo es que habiendo tran-
[queras
para entrar en las estancias,
cruzas por los alambrados
hachándolos a mansalva;
esa sorda cobardía
no cabe en un alma gaucha,
no sabes que en esos campos
hay mucha hacienda baguala,
y vos les haces camino
porque se te da la gana.

Voy a contestarle al hombre
y a la ley que me manda,
yo soy hijo de esta tierra
un engendro de su entraña;
ella me formó en su vientre
y me acarició en su eriasa;
palpitan en mi existencia
fibra de ombuses y talas,
de la sustancia del pasto
de la fibra de mi sabia.

Y cada alambre que estiran
compiendo que me separan,
del corazón de los míos
y se divide mi raza;
que de mi madre me alejan
y empiezo por añorarla,
pues los alambres la agringan
y le transforman el alma,
los alambrados achican
el amor de Pacha - Mama.

Yo soy de origen indígena
mi madre también indiana,
mi abuelo, mi bisabuelo,
hasta el nacer de la raza;
que engendrara el fecundante
vientre de la tierra incaica,
mezclada con la simiente
de la flora y de la fauna,
y todo cuanto madura
bajo la azul lontananza.

Cómo pueden vender, digo,
un retazo de mi pampa,
sin cometer el delito
de hacer una venta falsa;
si la tierra no es de naides

como pueden negociarla,
de haber un dueño, es el indio
que es la tierra en cuerpo y
[alma
después del indio no existe
más dueño que el sol y el agua.

Por eso es que con mi corvo
donde quiera me abro cancha
porque el intruso se empotra
entre los campos que alambra;
y cada alambre es un gringo
que el camino nos ataja,
y ya no queda un retazo
donde clavar una estaca,
para que aten los caballos
los huérfanos de mi patria.

—Basta, repuso el alcalde,
me has dado una lección sabia,
yo también soy argentino
y llevo un indio en el alma:
en los campos de batalla
abrí claro con mi lanza,
al tropel de los baguales
en la larga guerra gaucha,
entre zumbidos de bolas
y entreveros de armas blancas.

—Ya mismo amigo Serapio
monte sobre el malacara,
y entre a cruzar por lo suyo,
porque es suya la campaña;
desde el nacer de Ushuaia
hasta el confín de Quiaica;
del pie de la cordillera
a las orillas del Plata,
y los rumbos que lo lleven
al corazón de la pampa.

LLORAR

Llorar con el alma herida
ternuras espirituales,
reminiscencias morales
que el númen no las olvida;
pero llorar en la vida
donde es preciso luchar,
surgir, erguirse, estallar
de la libertad en nombre,
donde es preciso ser hombre
es un delito llorar.

Llorar por un ser querido
la profunda gratitud,
que yace en el ataúd
hacia lo desconocido;
justo es que un amor herido
llore a gritos su pesar,
amor que quiere salvar
y entre sus manos se muere,
en el adiós que nos diere
honra y eleva el llorar.

Llorar porque falta miga
y permanecer inerte,
un hombre robusto y fuerte
útil para la fatiga;
que la miseria lo obliga
a ceder y claudicar,
y el hombre de tal hogar
tiene de hijos un enjambre,
donde se llora por hambre
es un delito llorar.

Llorar y llora un ausente,
un proscrito sin perdón,
las cosas del corazón
que desde el destierro siente;
y que mira de repente
desde la playa del mar,
sobre de un barco flamear
la insignia del país que añora,
cuando de lejos se llora
honra y eleva el llorar.

Llorar pidiéndole al cielo
todo lo que existe abajo,
que es el fruto del trabajo
y la riqueza del suelo;
acumulando odio y celo
porque Dios, es esperar,
Dios dice para ayudar
"hijo mío, ayúdame",
para el que en el cielo cree
es un delito llorar.

Llorar con hondo dolor
un país su taumaturgo,
su genio, su dramaturgo
su poeta, su pintor;
al apóstol precursor,
al Mesías por llegar,
y que lo viera eclipsar
al primer rayo de aurora,
si toda una raza llora
honra y eleva el llorar.

Llorar por no poder ser
dueño de vidas y haciendas,
y disfrutar las prebendas
de la holganza del poder;
que le obliga a caer
y bajar, hasta rodar,
en donde en vez de afrontar
su vida, frente a la vida,
llora su dicha perdida
es un delito llorar.

Llorar la madre que viera
al hijo que va a la guerra,
que de la sangrienta yerra
presume que no volviere;
y como nada supiere
desde que lo vió marchar,
se lamenta sin cesar
de la vida a toda hora,
cuandó es la madre quien llora
honra y eleva el llorar.

Llorar el que cometiere
un error premeditado,
error que hasta se ha ensañado
para que se sucediere;
y después que consiguiera
hundir, perder un hogar,
para el error a menguar
busca descargos de a kilo,
llorar como el cocodrilo
es un delito llorar.

Llorar y llorar por hambre
cuando no hay luz en la pieza,
y al derredor de la mesa
cuenta de hijos un enjambre;
cuando hasta el último estambre
muerte el hambre, don Satán,
sin gesto, sin ademán
un padre amargado llora,
yo nunca supe hasta ahora
que el llanto produzca pan.

LOS DOS EGOISMOS

El grito de la derrota
repercutió en la trinchera,
y se oyó por todas partes
¡Huyan! ¡Sálvese quien queda!

Y sin saber hacia dónde
por todas las carreteras,
el pueblo inerme corría
perseguido por la guerra.

Sobre dos mulas cansinas
una mora y otra negra,
avanzaban dos jinetes
al trote entre sol y tierra.

En la negra, un campesino
de humildes ropas labriegas,
en la mora iba un magnate
dueño de enormes riquezas.

Ambos buscaron abrigo
en el seno de la selva,
para tomar un descanso
de un viaje de muchas leguas.

Y del lomo de las mulas
bajaron sendas maletas,
el rico, preciosas joyas
el pobre, pan y manteca.

El rico bajó en diez sacos
una fortuna estupenda,
en barras de oro sellado
y valiosísimas piedras.

Bajó el pobre sus alforjas
cargadas de frutas secas,
nueces, pasas y aceitunas,
orejones y conservas.

El rico en vez de proveerse
de fiambres y miel de abejas,
cargó barras de oro y plata
y pesos en la cartera.

Bajo la copiosa sombra
perfumados por mil yerbas,
que para el rico y el pobre
Dios los pobló de belleza.

El rico ocultó el tesoro
en la tupida maleza,
el pobre tendió dos bolsas
y preparó la merienda.

Entonces fue cuando el rico
vió con amarga sorpresa,
que el hambre empezaba a ur-
las fibras de su existencia. [garle

Y que más tarde en vez de ham-
era una loca tragedia, [bre
que le desgarraba el vientre
y le mordía las venas.

Tendiendo su blanca mano
suplicaba una galleta,
el hollejo de un durazno,
la cáscara de una pera.

—¡Te doy buen hombre! decía,
por cada nuez, una perla,
por un higo, una esterlina,
mil pesos por una almendra.

—Serán muy ricas tus joyas
pero por ninguna de ellas,
yo te daré una avellana,
ni el jugo de una ciruela.

—¡Te doy toda mi fortuna!
—¡Tu fortuna, pobre oferta!
Aquí no vale un pan duro
¿De qué servirá poseerla?

No es posible darte un higo,
ni ofrecerte una cereza,
temo de que no me alcancen
para llegar a la meta.

Como voy a cruzar yermos
entre cielo azul y arena,
el fiel amor a mí mismo
me obliga a que me prevenga.

Nuevamente el campesino
montó su mulita negra,
y se alejó sin mirarlo
musitando por la huella.

El hambre que hoy te devora
y tus angustias festeja,
es el mismo que hace un siglo
taladra nuestra existencia.

Que nos dejó en cien instantes
sin un pan en nuestra mesa,
mientras tú cantabas glorias,
mientras tú contabas perlas.

—Es así, no le han mentido ahí está el novillo muerto, iba costiendo la sierra al tranco de mi azulejo; y de pronto casualmente lo vide bajar del cerro, hay nomás desprendí el lazo y se lo cerré en los cuernos, cuando Ud. llegó a prenderme ya le había dado el vuelto.

Güeno para terminar este asunto sin remedio, en las ancas de mi flete llevo del chúcaro el cuero; el cebo y los costillares los acollaré a los tientos, sepa mi señor Alcalde que todo lo que me llevo, Dios se lo ha donado al hombre sin tapujos ni abolengo.

—Pero eso no está en la letra de la ley que yo manejo, quién te autoriza que enlaces sólo para tu provecho; elijas la mejor carne y le hagas lonjas el cuero,

—Yo enlazo lo que es de naides esto que anda sin rodeo, y el chúcaro que anda a monte es una prenda sin dueño.

—¡Lo de naide! es un embuste nada hay que no tenga dueño, el potro que anda sin marca como el novillo mostrenco, es propiedad del estado

y naide más puede hacerlo, lo que no es propio no es propio ni en el lazo del cuatrero, ni ante la justicia humana ni ante el tribunal del cielo.

Guay del que haga lo contrario —exclamó el Alcalde Lemo,— bajo el sol que les alumbrá tan solo tiene el gobierno; el derecho de apropiarse de los valores dispersos, y al paisano mano larga se le cobra el atropayo, con un año en los fortines y muchos días de cepo.

—El día que el hombre marque y diga yo soy el dueño, del tigre que paso a paso le sigue el rastro rugiendo; cuando aprueben a luz plena que son los dueños del viento gobiernos del sol y el agua y del azul del inmenso yo no boliaré un alzaio ni de pluma ni de pelo.

Cuando tenga la evidencia que es perdurable el derecho, que tienen sobre las cosas que existe bajo del cielo; ya se lo que es de la tierra ya se lo que es del Eterno, juro que desde ese instante dejaré de ser cuatrero, no montaré un orejano ni lonjiaré un cuero ajeno.

Al trotecito y silbando
se alejó el paisano TREJO,
con la conciencia tranquila
y de maldades exento;
acariciando su flete
siguió el camino diciendo,
Dios nos regaló en mil formas
todas las cosas del suelo,
en la flora y en la fauna
el abrigo y el sustento.

Yo soy el gaucho Argentino
no nací para señuelo,
necesito cielo azul
y verdor de campo abierto;
un orejano fogoso
capaz de correrle al viento,
y un corazón de hombre gaucho
capaz de ser justo y bueno,
y de defender mi nombre
con la pluma y con el fierro.

COMO EN EL AÑO CUARENTA

Cuando el pueblo que trabaja
quiero que se me comprenda,
que hablo del que siembra el
[trigo
para el pan de cada mesa;
hablo del que hila la lana
y que fabrica la tela,
del que mueve la palanca
y del que curte la suela,
del que todo lo produce
con muy pobre recompensa.

Los que un día atormentados
de absorber tanta miseria,
desde las pobres pocilgas
surge en grito de huelga;
yerguen los puños crispados
en solidaria protesta
del pequeño lustrabotas
de la vieja lavandera,
del obrero campesino
y el herrabundo linyera.

Cuando el pueblo enardecido
abandona la herramienta,
la matrona descotada
vestida de oro y de seda;
la perfumada damita
cubierta de ricas perlas,
toda la crema dorada
de la sociedad selecta,
se pusieron al amparo
del corvo y la cartuchera,
de miedo ante la avalancha
que avanzaba por la cuesta.

El grito de ¡somos libres!
no surgía de la lengua,
del esclavo de los siglos
bajo la bota burguesa;
era la voz de los amos
en contra la masa obrera,
que palpitaba en el aire
de la capital porteña,
desde el balcón del palacio
al cordón de la vereda
desde el lujoso automóvil
y del atrio de la iglesia.

Y con toda alevosía
surgió la turba siniestra,
Vestida de azul y blanco
del color de la bandera;
y salieron a la calle
y perseguir la ralea
y giraron los cerrojos
se abrió la masmorra hambrien-

[ta

y los presos se pudrieron
en los huecos de las celdas.

La libertad argentina
con alevosa exigencia,
allana nuestras pocilgas
y a pasos largos penetra;
por que para ella no hay timbre
ni cerrojos en las puertas,
no oye ninguna pregunta
es la prepotencia ciega,
aunque lo clame la madre
el niño y la vieja abuela,
la libertad no responde
tiene un corazón de piedra.

Los que cantaban el himno
como una burla grotesca,
y gritaban ¡somos libres!
con la más vil desvergüenza,
era el rico propietario
el dueño de la bodega,
la vagancia religiosa
empotrada en la iglesia,
que viven vistiendo santos
y despavesando velas,
ocultando la mentira
bajo la túnica infecta.

La libertad la pedían
digo con toda conciencia,
los que siempre la burlaron
por que no precisan de ella;
los que siempre la tuvieron
y que en vez de enaltecerla
la ahorcaron en la garganta,
la anudaron en la lengua,
los amos, los poderosos
dueños de campos y haciendas,
los que todo lo poseen
bajo el sol sobre la tierra.

¿Qué campesino? pregunto
abandonó la manquera,
para pedirle un amparo
al jefe de la revuelta;
¿Qué herrero dejó el martillo?
¿Qué sastre dejó la tela?
para pedirle a los curas
la protección de la iglesia,
¿qué mujer dejó la fábrica?
¿cuál fue la pobre sirvienta?
que se acercó a los señores
para pedirle clemencia.

¿Qué albañil en ese instante
dejó de aplomar la regla?
para ir a engrosar las filas
de la sotana y la espuela;
fue la ociosidad católica
el alma de la pereza,
contra el que todo produce
y que no cree en su creencia
la vagancia femenina
que vejeta y que bosteza,
contra la que usa la aguja
y la que teje una media.

Hemos visto en la cruzada
de la espantosa tragedia,
la libertad del gendarme
de brech, polaina y chaqueta;
con oscura alevosía
con una actitud siniestra
apuntando con el mauser
calando la bayoneta,
entrar en los sindicatos
gritando ; nadie se mueva!
señalándoles la cárcel
con una voz de sentencia.

Permítame que responda
al compás de las seis cuerdas,
la libertad argentina
ante los ojos de América;
existe para la burla
está para la vergüenza,
de rodillas ante el corvo
agachando la cabeza
esperando a los varones
que ante nadie se doblegan,
que se alcen como un solo hom-
[bre
gritando ; viva la huelga!



NOTICIAS DE LA PRENSA

Dicen que la prensa criolla
antes de la gran revuelta,
era esclava y dirigida
por la autoridad depuesta;
ahora que la prensa es libre
le pregunto al que lo sepa,
si el pueblo puede gritar
el dolor que lo atormenta,
sin que le ahorquen la palabra
antes que le hable la lengua?

La prensa es hosca y discorde
porque miente el que gobierna,
le canta odas al que sube
y al que baja lo detesta;
es lauro para el que triunfa
para el vencido anatema,
es farsante cuando adula
y falsa cuando desprecia,
porque todo lo enmaraña
en las redes de su tela.

Es porque la prensa rica
compra todas las miserias,
compra el filo de las plumas
como quien compra una oveja;
porque por temor al hombre
se arredilla la conciencia,
porque el hombre es la coyunda
del hombre que se subleva,

porque piensan con el vientre
en vez que con la cabeza,
parece que en el cerebro
tuvieran una galleta.

Es un pardo mimetismo
de pintas blancas y negras,
para divulgar discordias
en la Babel de sus letras,
para oscurecer la vida
y sembrar odio en las testas,
endurecer los sentidos
y encanallecer las lenguas,
¡señores! digo y afirmo
es un peligro la prensa.

Hoy la prensa es el comando
del cuartel y de la iglesia,
donde se apoya el orgullo
de la sociedad porteña;
es como una cruz de plomo
que sobre los hombros pesa,
de los hombres que producen
de las cabezas que piensan,
que cansados y agobiados
suben la escabrosa cuesta
como subiera al calvario
el rubio de Galilea,
burlado por los escribas
y por la capucha negra.

Ayer se escribía con pluma
 sus buenas o malas letras,
 hoy se escriben sus columnas
 con un sable bayoneta;
 ha sido militarmente
 acogotada la imprenta,
 y la han puesto de rodillas
 como un niño en penitencia,
 y asoma de cada línea
 una bota con espuela.

Es la juventud quien debe
 hacer luz en las tinieblas,
 para terminar de un tajo
 con esta torpe indecencia;
 en esta riña entre criollos
 todo el mundo arrima leña,
 porque en todos los idiomas
 denigran la patria nuestra,
 y la juventud los oye
 como si no los oyera,
 nuestro divino tesoro
 en vez de pensar rumea.

Si ella no acude diría
 que en mi patria no hay ver-
 güenza,
 que la juventud no estudia
 que la juventud no piensa;
 que las escuelas no educan
 que la moral está en quiebra,

y no surge un argentino
 que ataje la chusma suelta,
 y nos salve del naufragio
 antes que todo perezca,
 por el amor a los libros
 por la pluma y por la escuela.

Hasta hoy no he visto ni oído
 que exista en la patria nuestra,
 una juventud estudiosa
 una juventud selecta;
 que en nombre de la cultura
 exija una buena prensa
 una prensa que armonice
 lo que la prensa dispersa,
 hoy que todo cuesta abajo
 entre el barro humano rueda.

Las juventudes no existen
 y si es que existen vegetan,
 se viola la carta magna
 y no se oye la protesta;
 la juventud vive muda
 la juventud vive ciega,
 la juventud vive sorda
 como si fuera de piedra,
 como si fuera una estatua
 que dice mucho por fuera
 por dentro no dice nada
 por que por dentro son huecas.

LA GUITARRA

De su almita de madera
este armonioso instrumento,
me concede sus acordes
para que cante mis versos.

Ella me ha dado la fama
la humilde fama que tengo,
sus notas me han presentado
a la conciencia del pueblo.

Yo fui pregón de una idea
que la admiro y la venero,
la más humana que existe
bajo el sol del universo.

Yo soy amigo del hombre
siempre que el hombre sea buen
no me importa que sea blanco
no me incumbe que sea negro.

Yo le canté al lustra - bota
cirujita del pan negro,
que no tuvo otra cartilla
que darle lustre al becerro.

Yo le canté al operario
que en un trágico momento,
los dientes de un engranaje
le hicieron tiras los huesos.

Las cuerdas de mi guitarra
fueron el blanco pañuelo,
que le enjugara las lágrimas
al desventurado abuelo.

Con esta vieja milonga
milonga que yo hice un credo,
una albricia en cada nota
y una aurora en cada verso.

Hice yunta con los hombres
que expulsaron los gobiernos,
y con todas las familias
que lloraban allá lejos.

Como le llevé cantando
lo expongo con sentimiento,
una droga para un niño
que se moría tosiendo.

Y le canté al canillita
que es mi amigo y compañero
y rodé cuando él rodaba
como hoja que lleva el viento.

Y nadie podrá decirme
que donde presté mi esfuerzo,
les exigiera el pasaje
aunque tuviera que ir lejos.

Allá un ingeniero Wite
con mi fama de trovero,
adquirimos la "Minerva"
que imprimió "Brazo y Cerebro"

Fundé con otros amigos
en el arrabal porteño,
bibliotecas que alumbraron
la oscuridad de los tiempos.

Mi principio solidario
estuvo en todo momento,
en donde faltó una venda
en donde no hubo un remedio.

Ayudé a cargar la cruz
con la fe del Cirineo,
desde el sillón del lisiado
al blanco bastón del ciego.

Cuántas veces canté en ella
buscando unos pobres pesos,
para sacar una máquina
que se hallaba en el empeño.

Y por exigir cantando
más luz para el aposento,
más migas para las mesas
más justicia, más colegios.

Del libro "Guitarra Roja"
doné la plata y el texto,
para saldar la defensa
de los camaradas presos.

La ley intentó cien veces
truncar mi libre argumento,
para que no descubriera
la burla que ignora el pueblo.

Como le presté concurso
a muchos centros obreros,
en donde mucho enseñaron
nuestros estoicos maestros.

Que se pare y me desdiga
el que sepa que yo miento,
cometería un delito
si sabe y guarda silencio.



EL REGRESO

Embretados, apiñados
Como planteles de hacienda,
Caramba me he equivocado
Que me perdonen las bestias;
Esta carga es el despojo
De la más sangrienta guerra,
Como poder compararla
Con un carguero de ovejas,
La oveja produce dólares
Y el héroe ruina y miseria.

Viajaban como les digo
En un vagón de tercera,
Echados, acurrucados
Sobre las duras banquetas;
Unos lucían medallas
Sobre las blusas mugrientas,
Como una prueba evidente
Que defendieron su tierra,
Los más insectos y roña
Y cicatrices abiertas.

Traía el oscuro convoy
Las sobras de la contienda,
Los desperdicios humanos
Requechados por la ciencia;
Horrendos restos de vidas
Que en vez de causarnos pena,
Producen gestos de ira
Expresiones de protestas,
Que hacen erizar la carne
Y el ánimo se subleva.

A éste, le arrancó una bala
La mitad de la cabeza,
Aquel le abrieron de un tajo
Desde el mentón a la oreja;
El otro retorna ciego
Para llorar en tinieblas,
Pues saben que en la morada
Los espera la miseria,
Y en donde hace falta un pan
Se arrima otra boca hambrienta.

A éste le han podado un brazo
En la parte más extrema,
Que no le queda ni el borde
para apoyar la muleta;
Otros de más mala suerte
De los muchos que regresan,
Vuelven mucho más podados
Pues les faltan las dos piernas,
De otro sólo vuelve el busto
Un tronco que llora y ruega.

En la carga de desdichas
Del convoy que rueda y rueda,
Viaja desesperanzada
El alma de la trinchera;
Pues todos vuelven del frente
Con una intención perversa,
Sordos a todas ternuras
Y una hiel en cada lengua,
Irascibles y aturdidos
Por el rumor de la guerra.

Dudo que pintor alguno
 Que pinte trágicas muecas,
 Pueda transportar un día
 Al cuadrado de la tela,
 Una exposición de espectros
 De mutiladas siluetas,
 Como las que talla y pule
 El bisturi de la guerra,
 Que estudia en la carne viva
 Y opera sin anestesia.

Entre los escombros vivos
 De tantas vidas en quiebra,
 A uno le faltan los dedos
 Al otro la mano entera;
 Que asomaban por los rajos
 De las ropas hilachentas,
 Como una sorda amenaza
 Como una muda protesta,
 Mientras el tren avanzaba
 Con su carga de tragedias.

Pero a más de los que vuelven
 Podados a la querencia,
 Para estorbo, para carga
 Para aumentar la pobreza,
 Regresan los que han perdido
 En la batalla tremenda,
 Los sentimientos del alma
 Y la ternura hogareña,
 Insensibles como un busto
 Propensos a una vehemencia.

No extrañéis que a grandes tí-
 tulos
 Mañana anuncie la prensa,
 Que un demente en un tugurio
 Tras de una brusca reyerta,

Acometió a la familia
 Armado de una trincheta,
 Y mató como matara
 En la batalla más cruenta,
 Donde ganó la medalla
 Que pende de su chaqueta.

No comprendo como el hombre
 El hombre que sufre y piensa,
 Al hombre le hablo señores
 De ciencia y de inteligencia,
 Que por hablar un idioma
 Es superior a la bestia,
 Que es más sabia su palabra
 Que el balido de una oveja,
 El cloqueo del batracio
 Y el rugido de la fiera.

Aprendamos de la fauna
 Que solamente pelea,
 Acosada por el hambre
 O el deseo de la hembra:
 La de garra, usa la garra
 Para conquistar la presa,
 La que es de pico, usa el pico
 Para buscar su merienda,
 Y la que es de diente, a diente
 Lleva el sustento a la cueva.

De las especies el hombre
 Es la especie maquiavélica,
 Es la que todo lo quiere
 Y de todo se apodera:
 Para saciar su avaricia
 Hiere, mata, roba, incendia.
 El hombre es la sola especie
 Que contra la especie atenta,
 Cosas que no intenta el tigre
 Ni comete la pantera.

En cada Estado del mundo
Por cada diez que gobiernan,
Bajo el sol que nos alumbra
Obedecemos noventa;
Hoy discuten cuatro grandes
En la ciudad de Ginebra,
Y de los cuatro depende
La vida o la muerte nuestra.
Viviremos, moriremos
Será lo que ellos resuelvan.

Reunámonos camaradas
En una heroica asamblea,
Y rompamos para siempre
Con el crimen de la guerra;

Arranquemos de la historia
Esa palabra dantesca,
Condenándola al olvido
Borrándola de las testas,
Para que no vuelva nunca

A pronunciarla la lengua
Que el fuego reduzca a polvo
Las seis diabólicas letras,
Y arrojemos las cenizas
Que el viento se encargue de
[ellas,
Y vuelen por el vacío
Hasta que desaparezcan.



EL ESCRITOR Y EL IMPROVISADOR

Estimado amigo Argüello
La exigencia de su tema,
me ha puesto frente a un dilema
de mucha complejidad;
le repito amigo mío
su asunto es muy exigente,
dudo que pueda mi mente
razonar con equidad.

Para aclarar ese punto
tendría que abrir la historia,
y viajar con la memoria
por el mundo intelectual;
para descubrir las testas
de la inteligencia suma,
de los sabios de la pluma
como del talento oral.

Porque hubo en ambas partes
hombres de ingente valía,
genios en la poesía
que se han elevado a Dios;
literatos y filósofos
plumas que fueron geniales,
y tribunos inmortales
con un designio en la voz.

Yo no voy remontarme
a la cumbre del talento,
le formaré el argumento
desde un plano popular;

donde todos comprendamos
con sus formas y colores,
los dos profundos valores
de escribir y de arengar.

Improvisar es un signo
un don, una providencia,
de espiritual elocuencia
que llega a la admiración;
porque ha habido tribunos
que iluminaron la historia,
aun perdura en la memoria
la elocuencia de Dantón.

Tribunos que parecieran
el alma de la natura,
enviados por la grandura
ha hablarle a la humanidad;
son los labios del vidente
como un destello divino,
iluminando el camino
de la oscura humanidad.

Pero el que siempre improvisa
llega el día que fenece,
y con él desaparece
su sabia locuacidad;
en cambio el sabio que escribe
vive en la vida escribiendo,
parece y sigue viviendo
por toda la eternidad.

El que improvisa y no escribe
canta, como canta el ave,
es de él sólo lo que sabe
vuela y su canto se va;
pero existen manuscritos
de antes del credo cristiano,
que nunca el cerebro humano
sus nombres olvidará.

Tenemos para consultas
bibliotecas milenarias,
donde hay joyas literarias
del cerebro universal;

libros de filosofía
de videntes seculares,
como libros escolares
de la enseñanza inicial.

Cuando el que improvisa muere
muere el arte con el hombre,
solo recuerda su nombre
la pluma del escritor;
pues las palabras impresas
de derrota o de victoria,
son caminos de la historia
de un futuro redentor.

FIERRO ARGENTINO

Dicen que los hornos criollos
carecen de consistencia,
que no tienen la potencia
para fundir el metal;
que le faltan calorías
que el clima es inadecuado,
que es un material menguado
nuestro fierro nacional.

Me honra como gaucho oír
por los labios de un ladino,
no sirve el fierro argentino
para hacer tanques blindados,
que no tiene el temple bélico
del fierro de otras naciones,
para modelar cañones
y planchas de acorazaos.

Es porque en mi tierra pampa
hasta el fierro es bondadoso,
sólo fierro laborioso
funde su gaucho crisol;
hay en el fierro nativo
rasgos de benevolencia,
y negar esa evidencia
es negar la luz del sol.

Bajo su cielo celeste
mansa es la temperatura,
fecundante la llanura
y la llanura es bondad;
bondades que hereda el gaucho
porque la tierra lo anima,
como al aire, como al clima
y todo, en la inmensidad,

Ojalá que todo el fierro
que la tierra produjera,
tan solamente sirviera
para el trabajo fabril;
como el que la tierra mía
crea y fecunda en su seno,
fierro manso, fierro bueno
que usamos en obras mil.

Repetiré hasta el cansancio
me alegra que el fierro nuestro
no sea el metal siniestro
del crimen premeditado;
no sirve para el retobo
del casco de un submarino,
porque el metal argentino
es útil para el arao.

Dejen que haga el fierro yanqui
un torpedo delincuente,
que entierre alevosamente,
un vapor en alta mar;
mientras nuestro fierro siga
donándonos una azada,
una llanta bien caldeada
y un hacha para montiar.

Dejen que haga el yunque criollo
herramientas chabacanas,
el clavo de las picanas
una pala, un eslabón
que un freno, un yuguillo, un
eje,
una rústica roldana,
honran más la vida humana
que la bala de un cañón.

Para qué quiere el paisano
más armas que las manuales,
en los trabajos rurales
y en el uso del hogar;
las espuelas seculares
la argolla de una encimera,
una lezna, una tijera
y un cuchillo de lonjiar.

Y haiga bajo del alero
la desgranadora a mano,
la moledora de grano
y un modesto cernidor;
y pendiendo del horcón
un corvo de vieja historia,
fierro que cubrió de gloria
al pabellón bicolor.



TODOS DEL MISMO BARRO

La madre naturaleza
creadora de la simiente,
de las especies vivientes
en el globo universal,
el fecundante crisol
fundió el mundo de habitantes,
pensantes y no pensantes
vegetal y mineral.

Hizo al hombre, pulió al hombre
con materia inteligente,
la selección más vidente
de la historia nacional.
Pero el hombre es un compuesto
de sol, de mar y de lodo,
en resumen, es el todo
la ciencia del bien y el mal.

La misma savia que nutre
la raíz, el tallo, y el grano,
es imán en el arcano
energía sideral,
es el impulso en el ave
potencia roja en la fiera,
yema, sustancia, sesera
de la vibración mundial.

Por más que el orgullo humano
su cultura justiprecie,
lleva en sí de cada especie
una fibra en su entidad,

el hombre es irresponsable,
porque en sus actos responde,
a cien designios que esconde
en su pobre humanidad.

Arrulla como paloma,
su garganta es una ave
que modula dulce y suave
como un divino zorzal,
produce como la abeja
como las hormigas daña,
enreda como la araña
el consorcio universal.

El hombre es manso cordero
y de pronto da un corcovo,
en vez de cordero es lobo
en vez de hombre es un chacal,
la lengua que arrulla a un niño
que enamora, que mitiga,
calumnia, maldice, intriga,
es capaz de cualquier mal.

El hombre entre las especies
es forma de primer plano,
pues tiene su don humano
verba, memoria y razón,
pero la misma materia
que hizo del hombre un tesoro
formó al lobo, al mono, al loro,
las víboras y el león.

En la imitación el hombre
refleja el alma del mono,
el gesto, el donaire, el tono,
nos copiamos por igual,
el hombre se imita el mismo
es monista por herencia,
es hombre por su elocuencia
pero mono universal.

Por eso los hombres somos
loros con lengua de gente,
humanos físicamente
con un loro en su interior,
loros que engullen entero
pero que nada digieren,
porque así como lo ingieren
lo expulsan al exterior.

El hombre es según la ciencia
el rey de la zoología,
sin pecado de ironía
el animal superior,

cuando el hombre, obra como
[hombre
piensa, razona, tolera,
cuando obra como la fiera
es ira, sangre y terror.

Los mismos labios que adulan
y mil afectos predicen,
son los mismos que maldicen
a su más querido amor,
las manos que hoy acarician
y mil cuidados prodigan
son las mismas que castigan
con conciencia del dolor.

Si con todo raciocinio
él hiere, mata y castiga,
insulta, calumnia, intriga,
en el contraste social,
tiene la astucia del zorro
es tigre, es toro, cordero,
paloma, tordo y hornero;
el hombre es el bien y el mal.



CAMINO DEL TABACO

Quien mirando un cigarrillo
diría en ningún instante,
que aquella insignificante
envoltura de papel,
unas hebritas que sólo
cuestan una ínfima suma,
sean para quien las fuma
un enemigo tan cruel.

El tabaco es para el hombre
el compañero enemigo,
el fumador lo hace amigo
y sigue en yunta con él;
y cada vez que consume
el sabor de una pitada,
de su mortal camarada
traga una dosis de hiel.

El cigarrillo se arraiga
se adueña, comanda, impera,
se hace carne y se apodera
del alma del fumador;
frente al patrón "Don Tabaco"
el fumante es un vencido,
derrotado, sometido
por el infernal sabor.

En cuanto abandona el lecho
no se le ocurre hacer nada,
si antes no da una pitada
de su agradable opresor;
el fumador cuando sale
se olvidará del sombrero,
del pañuelo, del llavero
pero no de su traidor.

Con el cigarro en los labios
el hombre fuma y trabaja,
por todos los rumbos viaja
con su enemigo mortal;
cuando escribe, cuando piensa
está su amigo enemigo,
el cigarro es el testigo
de su quiebra espiritual.

El tabaco lo persigue
con su veneno asfixiante,
en la cita con su amante,
en el teatro, en el café;
baja al fondo de la mina
cruza volando la altura,
llega al centro de cultura
como al altar de la fe.

Cuando convida, convida
con un veneno inaudito,
convida con el delito
de su tóxico infernal;
con él amistosamente
le inyecta en cada cigarro,
una ronquera, un catarro,
una angina tabacal.

El óxido de carbono
la sangre le contamina,
mientras que la nicotina
hace un estrago total;
una ataca a los pulmones
la otra la tensión nerviosa,
y acciona en forma alevosa
en la zona cerebral.

El mismo veneno ataca
las vías respiratorias,
con taras inflamatorias
y sombras al corazón;
el mismo produce el cáncer
que al fumador lo devora,
la anemia aniquiladora
y la implacable presión.

El fumador es el siervo
del tabaco "Don Tirano",
que ocupa el último plano
del hombre sin decisión;
él sabe que en cada humada
hace humo en un girón de vida,
que la muerte lo convida
con una intoxicación.

Sabe que en cada marquilla
la muerte está agazapada,
esperando su llegada
para inyectarle un dolor;
pero como un buen cobarde
obra contra el organismo,
pues corre a comprar él mismo
su infernal inquisidor.

El tabaco por lo visto
es la muerte a corto plazo,
sigue tras de él paso a paso
llevándole el ataúd;
fuma como si pensara
con la testa de un demente,
porque es todo un delincuente
de la sagrada salud.

Hoy cruza la vida como
un sonámbulo despierto,
con el mirar de un incierto
que dando tropiezos va;
es una cabeza hueca
sobre el cuerpo de un suicida,
último adiós de la vida
que un penitente nos da.

El fumador de tabaco
vive y muere sin historia,
sin voluntad sin memoria
existe por existir;
es una noche de insomnio
en eterna pesadilla,
porque el vicio lo acribilla
hasta la hora de morir.

Y muere desesperado
suplicando una cerilla,
buscando alguna colilla
con la intención de prender;
mirando paisajes de humo
el viciado empedernido,
baja entre sombra y olvido
a su descanso postrer.

Es incomprendible que un
joven fuerte, instruido y sano,
atente como un insano
contra la salud del ser;
eso puede hacerlo un hombre
atacado de demencia,
pues no existe la ocurrencia
de matarse por placer.

Con don Zoilo, el curandero,
estoy bastante empeñado;
y a Cristo, como me ha fiao,
le debo parte del cuero;
apuesto que si me muero,

al tribunal del pecao
le doy el nombre cambio
y me salvo, con disculpas,
pa que así pague mis culpas
el alma de otro finao

EL CURA

El cura es como el oído
puesto al borde de los labios,
escucha los desagravios
de tu corazón herido,
el secreto más sentido
que haya soñado el amor,
el cura es el celador
que siempre está vigilando,
ojos que te están mirando
toda la vida interior.

Nuestra misma compañera
los datos le suministra,
y es como el cura registra
el bolsillo, la cartera
de la vida financiera.
El cura es el contador,
el cura es el tasador
que arquea, que fiscaliza,
la mujer lo interioriza
de hinojos al confesor.

Es como un traidor que espía
por el ojo de la llave;
escucha, descubre, sabe
lo que hicieras noche y día;
nuestra mujer le confía
todo al cura del lugar;
el secreto del hogar
que el hombre oculta en su ser,
lo descubre en la mujer
el pesquisa auricular.

El cura entra en nuestra pieza
como quien trae de la mano
un amigo, un hermano,
y lo sienta en nuestra mesa;
un ser que se le confiesa
el bien y el mal que uno siente,
pero el cura indiferente
premedita, gesticula,
y en cada ser especula
moral y materialmente.

Cristo fue clavado en cruz
por la redención del hombre,
y el cura reposa en nombre
de los clavos de Jesús.

Cristo un símbolo de luz,
el cura un negro Satán.
Cristo mendigaba un pan
envuelto en la vieja toga
y el cura en la sinagoga
empina rico champán.

Cristo pidió para dar
y el cura pide para él;
Cristo saboreó la hiel
y el cura gusta el manjar.
Cumple el cura con cantar
una milonga en latín,
empinarse un copetín
y hacer una santa cruz.
Con el mundo, con Jesús,
con Abel y con Caín.

Cristo bautizó al creyente
pensando hacer una obra
y el cura bautiza y cobra
y del cristiano hace un cliente.
Cristo infalible, vidente,
el cura factible usura,
mercader de capa oscura
que vende el cristianamiento,
comercia en el casamiento
y al pie de una sepultura.

Un principio de verdad
nos presenta un desengaño,
y disminuye el tamaño
de nuestra credulidad.
La creencia es oscuridad.
la verdad un arrebol;
la verdad como un crisol
funde y transforma la creencia;
la verdad está en la ciencia
y en los reflejos del sol.



EL YUGO DE LOS YERBALES

Quien quiera oirme cantar,
que se arrime y haga rueda,
que si los versos son malos
es interesante el tema.

Voy a cantar claro y fuerte,
para que el pueblo me entienda,
uno de los tantos crímenes
de los hombres que gobiernan.

¿Ves atravesar un bulto
la soledad de la selva?
Pues ha venido cruzando
una legua y otra legua.

Te dirás, vendrá arrastrado
por un mulo o una carreta,
desde que el bulto camina,
es porque alguno lo lleva.

Es un hombre, camaradas,
que, empleando toda su fuerza,
avanza con siete arrobas
de una distancia estupenda.

Un hombre como una máquina,
pero una máquina vieja,
con los bujes desgastados
y todas flojas las tuercas.

Así marcha el yerbatero
llevando el atado a cuestras,
entreabriendo los zarzales
de la tupida maleza.

Con el hombro desgarrado
de una llaga siempre abierta,
pues sobre la piel desnuda
lleva la carga dantesca.

Hozando, talando el bosque,
abriendo a tajos la selva,
taladrando como el topo
la enmarañada maleza.

Suda, se arrastra, se agacha
en la estúpida faena,
hasta hacer una abertura
y extraer un gajo de yerba.

Ese es el monte calvario
de los cristianos de América,
más amargo, más doliente
que el calvario de Judea.

Allí el paria todo el año
desgaja, carga, acarrea
y vuelve para la mina
con la cruz de su maleta.

Y la mina es el paraje
donde el ramaje se tuesta,
una mina en la llanura,
una mina a la luz plena.

Pero que traga a los hombres
y en plena luz los entierra,
como las minas más hondas
que existen en el planeta.

Allí deshoja la rama
que calienta en la hoguera,
abrasándose las manos,
desgarrándose las yemas.

Limpia y enfarda las hojas
y va con el fardo a cuestras,
al lugar donde controlan
y le pesan la cosecha.

Subyugados bajo el peso
de la codicia burguesa
que forma caudales de oro
del suplicio de la gleba.

Las mujeres de la mina
son infelices rameras
que tienen menos valor
que el mismo peón de la selva.

Y llegan a los yerbales
en arreos, como hacienda,
no para que sean mujeres
sino para esclavas y hembras.

Y propagan en los siervos
toda clase de miserias;
sífilis, tuberculosis
que en cada infeliz engendran.

Y las pobres desgraciadas,
por propia naturaleza,
sienten placer, se hacen madres
como la mujer honesta.

Y paren a la intemperie
como pare cualquier bestia:
hijos flacos, arrugados,
prole que ya nace vieja.

Que es la atrofia de la especie
que se extingue triste y lenta,

agobiada de fatiga,
arrastrando la epidemia.

Porque el siervo yerbatero
desde que al yerbal penetra,
pasa de su clase de hombre
a la situación de bestia.

Luego esos seres no tienen
el valor de una herramienta,
valen menos que una sogá,
que un hacha, que una tijera

Caducos, embrutecidos
que ni siquiera recuerdan
ni quiénes fueron sus padres
ni los años que vegetan.

Es la peste humana en marcha,
un contagio en plena siembra,
trozos de carne viviente,
podridos hasta la médula.

Estos nacen ignorados,
viven sin que nadie sepa
y mueren en el silencio,
como muere una culebra.

No merecen importancia
porque hay muchas de reserva,
de estas piltrafas humanas
que arrastran tanta miseria...

Selva, monstruo inescrutable,
historia trágica y negra,
escrita con llanto y sangre
en el libro de la tierra.

El que crea que he mentado,
que se pare y me desmienta,
para mandarlo sentar
agachando la cabeza.

DON CURSI

Viste al detalle con prolijo esmero
holgado el pantalón, saco entallado,
de bigotes, cabello engominado
el heroico cultor del sin sombrero.

Dudo que exista otro buhón más listo
más fino, más tierno y zalamero,
si lo existe en la tierra, yo no he visto
caballero, como este caballero.

¿Dónde no se halla un maniquí parlero?
en las noches de citas humorísticas,
en las grandes jornadas futbolísticas
y en las danzas de ayuda al extranjero.

Con las bellas don Cursi es el primero
que con viva expresión les da el asiento,
demostrando su fino cumplimiento
con más genuflexiones que un portero.

Con las damas, valiente y placentero,
primero que responde si estornuda,
primero en contestar cuando saluda,
de tan cortés resulta un majadero.

Siempre fue primero, pero... pero
el día del naufragio, por su vida
fue el primero en tomar el salvavida
y el que también, se las tomó primero.